



Rafael Valencia
rafaelvalenci@gmail.com

E202



Rafael Valencia

Recepción pública del Excmo. Sr. D. Rafael Valencia Rodríguez y contestación del Académico de Número Excmo. Sr. D. Rafael Manzano Martos 24 de octubre de 2010

El aire de Sevilla. Los refranes de la Sevilla árabe. A la sombra de Pascual de Gayangos

Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras 39
(2011), 35-70
ISSN 0214-4295

EL AIRE DE SEVILLA
(Los refranes de la Sevilla árabe.
A la sombra de Pascual de Gayangos)

Por RAFAEL VALENCIA RODRÍGUEZ

Excmo. Sr. Director
Excmas. Sras. y Excmos. Sres. Académicos
Excmas e Ilmas. Autoridades
Señoras y señores:

El protocolo de este tipo de actos exige que el beneficiario testimonie las gracias a quienes van a ser sus compañeros en breves minutos. No voy a cansarles. Vaya por delante mi gratitud hacia todos vosotros. Al lado de mi satisfacción y la voluntad de trabajar, en la medida de mis posibilidades, dentro de la finalidad, que esta Academia tiene marcada por sus Estatutos, de “contribuir a ilustrar la historia de Sevilla y de la región andaluza”. La amable y generosa elección que habéis hecho recaer sobre mí, no hará sino servir de acicate a una labor que vengo intentando hacer desde el comienzo de mi vida académica universitaria. Permítanme singularizar mi reconocimiento a las personas que, en el seno de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, presentaron la propuesta de mi nombre: Rafael Manzano, Ramón María Serrera y Pilar León-Castro. Y al resto de los académicos que durante los últimos meses han venido acogéndome con afecto en las sesiones de esta Institución. No puedo menos que recordar, por razones de mi oficio, los versos del poeta:

“Mojaron mis alas
 con el rocío de su generosidad
 y ahora no puedo volar
 lejos de ellos”¹

Si en algo puedo contribuir a los esfuerzos de esta Academia es por mi dedicación al campo del arabismo. Por eso, como santo y seña de mi intervención, permítanme dejar constancia, como haría un sevillano de la Alta Edad Media, como en situaciones similares han hecho durante los dos últimos siglos algunos de mis antecesores en situaciones similares, que he estudiado con Eugenia Gálvez, que lo hizo a su vez con Emilio García Gómez, éste con Miguel Asín, discípulo de Julián Ribera, que estudió con Francisco Codera, que fue discípulo de Pascual de Gayangos. También debo mi formación a otros alumnos de Emilio García Gómez, sobre todo Soledad Gibert y Joaquín Vallvé. No quiero omitir el magisterio de Juan Vernet, que estudió con José María Millás, discípulo de Julián Ribera. Fuera del campo del arabismo la lista de personas a las que debo mi formación sería más larga. Para no alargarme dejaré constancia de algunos de aquellos maestros que tuve la suerte de conocer en la Facultad de Filosofía y Letras, y en otros centros, de la Universidad de Sevilla a comienzos de los años setenta del siglo pasado o, en fecha posterior, en las de Barcelona y Madrid. Algunos de ellos forman parte o pertenecieron a esta Academia: Antonio Collantes de Terán, Patricio Peñalver, Juan Collantes de Terán, Pablo Hervás, Elías Terés, Santiago Montero, Leonor Martínez, A algunos de ellos los he conocido en otras actividades académicas: Mahmud Makki, Ahmad Mujtar al-Abbadi, Muhammad Bencherifa, Abd al-Aziz ar-Rifai, Muhammad al-Jálisi, Muhammad Benabud y otros muchos.

No mencionaré a los que llegado a través de los libros. La lista sería interminable, aunque los nombres de algunos de ellos

1. Abu Bakr Ibn al-Labbana de Denia, m. 1114, uno de los mejores poetas de la Sevilla del siglo XI, que permanece fiel a al-Mutamid, aún después del destierro: Ibn Said: *Libro de las banderas de los campeones*, Madrid 1942, pgs. 86 ed. y 254 trad. El verso, *aná/tawil*, consta en la edición del *Diwán*, Basora 1977, pgs. 97-98, hecha por Muhammad Mayid as-Said, Profesor de Literatura de al-Andalus en la Universidad de Basora, que nunca vio realizado el convenio firmado con la Universidad de Sevilla en 1982 por el entonces Rector de la misma, Dr. Guillermo Jiménez

aparecerán a lo largo de este discurso. Hago mías, por vocación académica, por voluntad de aprendiz de historiador, las palabras de Hugo de San Víctor, el teólogo del siglo XII, profesor en París, merecedoras de seguir siendo el lema de cualquier universidad:

“Omnia disce, videbis postea nihil esse superfluum”²

Vaya por delante que a pesar de los tiempos que corren no reniego de mi vocación universitaria. En el mejor sentido del término, el de universal. En la universidad he aprendido no sólo en el terreno del arabismo sino también en el de las relaciones humanas. En ocasiones de mis compañeros, de cualquier campo del conocimiento. En otras de los alumnos. Muchas veces han planeado sobre mí figuras como la de Pablo del Olavide, aquel Rector de la Universidad de Sevilla autor de un plan de estudios nunca aplicado. Aunque hundía sus raíces en el mejor pensamiento de la enseñanza superior desde la Grecia clásica al Renacimiento. De aquella universidad inviable nacieron en realidad instituciones como ésta. Como en todo ser vivo cuando una función no es cumplida desaparece el órgano pero siempre surge una alternativa. En la universidad sigo completando un aprendizaje que ante había pasado por el Colegio de San José de Villafranca de los Barros o por la Escuela de mi pueblo en la enseñanza primaria. De aquellas etapas no puedo olvidar maestros del bachillerato como Carlos López Pego, José Antonio Gabriel y Galán, Marcial Aldana, Francisco Fernández de Velasco o Fernando Vevia. O en la Unitaria de Niños nº 1, a D. Tomás Guzmán.

Pensando en todos ellos viene a mi memoria la leyenda que anoté, hace ya treinta años, a partir de la cartela de una tablilla sumeria del Museo de Bagdad, en la que un discípulo decía de su maestro:

“Él guió mi mano sobre la arcilla, me enseñó a portarme bien, abrió mi boca a las palabras, me ha dado buenos consejos, ha hecho que mis ojos se fijen en las reglas que guían a un hombre de acción”

2. Hugonis de Santo Vitore: *Didascalicon de studio legende*, lib.6, ed. Ch.E. Buttmer, Washington 1939, p. 115

Y sin llegar a levantar el correspondiente horóscopo, al estilo de esta ciudad hace mil años o de alguno de mis maestros, no se me oculta que mi elección coincidió con el bicentenario del nacimiento de Pascual de Gayangos (1809-1897) en la Sevilla que albergaba a la Junta Central que entonces gobernaba el país. Con él se fundamenta el arabismo español. No me considero sino un modesto seguidor de su estela. Es costumbre representar esta escuela, al igual que la Institución que hoy me acoge hace con el olivo cargado de frutos, mediante un árbol. Esta es la explicación de que me haya colocado a la sombra del fundador. Admitiendo que la herencia de Gayangos, sobre todo en esta ciudad, alcanza a todos los campos del saber, prolongando su influencia hasta nuestros días. Esta apertura de horizontes quizás sea también la que esté experimentando el arabismo español, con la crisis inherente a todo crecimiento. Permítaseme recordar, en apurado telegrama, que, cuando, en 1843, la subida al poder de Narváez permite el regreso a España de Pascual de Gayangos y es nombrado Catedrático de Árabe de la Universidad de Madrid³, tendrá como alumnos, entre otros a Antonio Machado y Álvarez (1846-1893) y a León Carbonero y Sol (1812-1902), Catedrático de Árabe en la Universidad de Sevilla desde 1849. Uno de sus sucesores, Francisco Pagés y Belloc, será Rector de la Universidad entre 1900 y 1914. La casualidad ha hecho que mi entrada en esta Institución se produzca medio siglo después de la lectura del discurso de ingreso de Juan Vernet en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona⁴

Con Pascual de Gayangos, es decir, *ab initio*, el arabismo español no fue, como se definía hace ya algunos años, un “gremio escaso y apartadizo, desasistido por lo común de la atención pública, debido a la rareza de los temas que trata, y con la clara conciencia de hallarse extramuros de las Humanidades

3. La bibliografía sobre Pascual de Gayangos es muy abundante. Puede verse Joaquín Vallvé: “Pascual de Gayangos y Arce (1809-1897), en *El arabismo en la Universidad Complutense en el siglo XX*, RAH, Madrid 1995, 99-106 y 130. Una reciente publicación sobre el tema: Cristina Álvarez Millán y Claudia Heide: *Pascual de Gayangos: a nineteenth-century Spanish Arabist*, Universidad, Edimburgo 2008

4. “Las mil y una noches y su influencia en la novelística medieval española”, Discurso de ingreso 25.1.59, Barcelona 1959, 38 pgs; *BRABLB* 28 (1959-60), 5-25

européas”⁵. Hoy no es ésta la situación. Desde hace al menos tres generaciones comenzó a “abrirse el abanico”⁶. Con Pascual de Gayangos tampoco lo era, como se demuestra por la herencia que dejó en Sevilla y en el resto del país. Permítanme aducir un testimonio que Pedro Sáinz Rodríguez transmite de su maestro Ramón Menéndez Pidal: “*A mí el que me inició en el estudio científico fue Codera, yo no tuve que ir a Francia ni a ningún lado*”⁷. Soy consciente de que si hoy vais a admitirme entre vosotros es porque el arabismo no constituye una tribu aislada sino parte del quehacer científico de este mundo globalizado de comienzos del siglo XXI⁸.

Dentro del campo del arabismo, he elegido para mi disertación un tema sevillano. Dejo constancia de que la Baja Extremadura es mi tierra natal. Y que considero a Sevilla como mi “tierra vital”. O que pertenezco al grupo de las personas que, viniendo de fuera, han quedado prendados de la ciudad, atados a ella, como dijo José María Javierre.⁹

KLAUS WAGNER

Esta vivencia de Sevilla la compartí con la persona a la quiero recordar con respeto y admiración por haber sido mi predecesor en la plaza como académico que hoy voy a ocupar. Conocí a Klaus Wagner (1937-2005) recién incorporado como profesor a la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla, a mi vuelta de Oriente Medio, allá por el año 1982. Hoy todavía me parece verlo cada vez que me cruzo en nuestra Fábrica de Tabacos con su hijo Rafael, de un inmenso parecido físico con

5. Emilio García Gómez: “Introducción”, *Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal*, t. IV, Madrid 1967, 3ª ed., p. X-XI

6. La expresión es de García Gómez: Emilio de Santiago: “Emilio García Gómez, un saber sin crepúsculo”, *AQ*, Granada, 8 (1993), 31

7. Víctor Morales Lezcano y Teresa Pereira: *Voces del pasado: la élite cultural de España*, UNED, Madrid 2008, p.94

8. Sobre el arabismo español han trabajado muchos autores. Entre ellos Manuela Marín (“Arabistas en España: un asunto de familia”, *AQ* 13 (1992), 379-393) o Bernabé López García (“30 años de arabismo español. El fin de la almogaravía científica (1965-1997)” *Awraq* 18 (1997), 11-48)

9. “Las raíces estéticas de Sevilla”, Discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, *Minervae Baeticae* III, 3 (1975), 10

su padre, según he podido comprobar por las fotos del Klaus Wagner de los años en que llegó a la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra ciudad. Siempre me sorprendió la animada charla de Klaus: tengo vivo el recuerdo de su narración de cómo le obligaron a cambiar su nombre por el de Nicolás, al gestionar la documentación relativa a su nacionalidad española, y la visión amplia y crítica que tenía del mundo que le rodeaba. Antes había quedado impresionado por el trabajo que atesoraba su *Regesto de documentos del Archivo de Protocolos de Sevilla referidos a judíos y moros*¹⁰, filón de datos, para mi campo de intereses, de los grupos musulmanes que acabaron viniendo a Sevilla durante la Baja Edad Media. Hoy, cuando la vivencia de Europa queda relegada en ocasiones a una mera etiqueta, Klaus Wagner fue, aparte de un universitario e investigador modélico, un europeo profundo. Desde sus tiempos de formación a la labor docente que desarrolló durante sus últimos años de vida en diferentes centros universitarios del viejo continente¹¹. Añádase a ello la fecunda actividad científica en torno a uno de los temas que le apasionaban: las bibliotecas. Desde los trabajos en la Biblioteca de la Universidad a su discurso de ingreso en esta Academia, consagrado a la Colombina que tan bien conoció¹². Jacobo Cortines traía a colación hace unos años una escena que refleja de manera acabada la personalidad de Klaus Wagner y su imbricación con Sevilla: el cambio de las losas de la tumba de Hernando Colón al que acompañó a Juan Guillén en una noche de mayo del año 2000¹³

SEVILLA

A Sevilla voy a referirme en esta parte central de mi intervención, procurando no abusar de su paciencia. Pero no a la historia de

10. Universidad, Sevilla 1978

11. El hecho ha sido puesto de relieve por Pedro Piñero: "De la Maguncia de Gutenberg a la Sevilla de la Colombina", *Geh hin und lerne. Homenaje al profesor Klaus Wagner*, Universidad, Sevilla 2007, p.32-35

12. "La locura de Don Hernando Colón", *Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 28 (2000), 63-79

13. Jacobo Cortines: "Klaus Wagner In memoriam", *Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 34 (2006), 268-69

la ciudad durante la Alta Edad Media, sino a un aspecto concreto quizás poco conocido, relacionado con el habla de sus habitantes. En cualquier caso, intentaré colocarles en situación, evocándoles la Sevilla de siglos atrás. El paisaje era similar al que hoy disfrutamos. Las personas que lo poblaban, herederas, en proporción que huye a cualquier fórmula matemática, de la antigua Bética y de los usos que traen los conquistadores árabes en ese final del verano del 712. Y no por un afán de interculturalidad, sino dando lugar a una cultura única que a todos amparaba. Aunque quizás el protagonista último de toda esta historia sea muy distinto. Una tarde de primavera, hace ya algunos años, charlando con D. Emilio García Gómez en el patio del Hotel Alfonso XIII, terminamos por hablar de la historia sevillana. En un momento determinado D. Emilio me apuntó que el verdadero protagonista de la historia de esta ciudad es el aire de Sevilla. Ese aire en el que cualquier cultura o civilización, con usos que van cambiando con el paso de los siglos, se conserva una base más de una vez milenaria. Ese aire que conquista a cualquiera que se acerca a ella. Ese aire que constituye parte del gran patrimonio de la ciudad, en un todo único con su historia, sus gentes, sus monumentos, el mejor recurso humano, social y económico con el que cuenta Sevilla.

Las personas que habitaron Sevilla durante la Alta Edad Media lo hicieron en una ciudad inserta en unas coordenadas geográficas y culturales muy determinadas. Las características de la sociedad que la habitaba y de la ciudad en la Alta Edad Media son en principio las mismas que otras urbes localizadas en el país, aquel llamado al-Andalus, o fuera de él. Estamos refiriéndonos a una sociedad tribal tributaria, de norma musulmana, de elaboración árabe, con una actividad económica basada en la agricultura, pero con un gran peso de las labores urbanas, como el comercio, la vida cultural o el gobierno. Todo ello sobre un medio muy urbanizado ya desde antiguo, tendencia que la entrada en el Mundo del Islam va a incrementar. Un Islam que en ese momento supuso una apertura de horizontes para todo el ámbito ibérico. Y esta apertura no fue sólo cultural sino económica. Los dirigentes de la primera Sevilla árabe y los de la etapa anterior creemos que lo vieron.

Las características de esta sociedad provenían de los dos parámetros principales, ya mencionados, sobre los que se levanta la formación de al-Andalus: los de la sociedad del Islam medieval ge-

nerado en la Península Árabe a comienzos del siglo VII y el aporte de la cultura existente en la Península Ibérica en el momento de la conquista árabe del siglo VIII. De este modo la formación social andalusí es una simbiosis entre la herencia isidoriana y el marco legal fijado en tiempos del Profeta Mahoma sobre una base árabe.

Esta simbiosis aparece claramente en los relativamente abundantes textos de la Sevilla altomedieval que han llegado hasta nosotros. Los testimonios sobre el lugar, en todos los aspectos de la vida ciudadana, por comparación con otros lugares de al-Andalus y aun del Mundo Árabe medieval, podemos considerarlos como numerosos. A través de ellos podemos observar como, sobre las características se forma el imaginario de la ciudad llamada entonces *Ixbilia* y su ámbito de influencia. Este imaginario corresponde en gran medida a las ideas que tenían los sevillanos sobre sí mismos. Y los que le adjudicaban el resto de los habitantes del país y de fuera de él. En efecto, las personas que habitaron la ciudad en aquel momento contribuyeron a elaborar una imagen de sí mismos incardinada en la historia anterior y que tiene su continuidad en los colectivos que habitan la metrópoli hispalense y su área de influencia a partir del siglo XIII. La imagen abarca tanto a la génesis de su urbanismo como a los modelos sociales, políticos o individualidades que encontramos a lo largo de la etapa árabe de la historia de la ciudad. Vamos a referirnos sólo a algunos ejemplos, los que consideramos más relevantes. Las referencias pueden ser contrastadas, lo he hecho en otras ocasiones, con un análisis de lo que debió ser la realidad, junto a otros testimonios y a textos de personas ajenas al entorno hispalense. Sus aportaciones pueden servir de contrapunto para aquilatar de forma más exacta lo que fue Sevilla durante su etapa de capital del occidente de al-Andalus entre los siglos VIII y XIII.

Un autor de la primera época árabe, en texto transmitido por una fuente tardía decía:

“Se dice que *Hispania* constituía el término aplicado a la región de Sevilla, pues en ella vivía Ixbán b. Titux, de cuyo la apelación de Hispania que se le da a al-Andalus”¹⁴

14. Al-Himyari: *Rawd*, Paris 1938, p. 18edic.

De aquí vendría el convencimiento de que Sevilla dio nombre a todo el país¹⁵. Otro autor es consciente de esta Sevilla heredada, de la que la árabe no es sino una continuidad, añadiendo combustible al fuego de la leyenda:

“Nosotros hallamos en los libros de Hércules que éste dejó en Sevilla dos postes muy altos, parte bajo tierra y parte encima de ella. Cuando estos dos postes se saquen, la villa será destruida. Y, según dejó escrito en el Libro de las Andanzas, saldrá fuego del Aljarafe y quemará la mayor parte de la ciudad. Cuando Hércules pobló Sevilla la fundó sobre madera y le puso el nombre de Isla de Palos (Hispalis) y después de un tiempo le pusieron por nombre Sevilla, que quiere decir tanto como adivina, porque la habitó primeramente el mayor sabio del mundo en las cosas que habrían de venir”¹⁶

La figura de San Isidoro está presente en muchos autores. Como base de la cultura que encuentran los primeros contingentes árabes que llegan al territorio. Su recuerdo se prolongará aún más allá del traslado de sus restos a León, a mediados del siglo XI. En las llamadas Actas de la Traslación, un texto realmente interesante, se conservan dos detalles que están en consonancia con la presencia que tuvo Isidoro de Sevilla en la cultura de al-Andalus. Se trata de dos frases que ponen en boca del monarca taifa sevillano. La primera de ellas las pronuncia al-Mutadid al pedirle el obispo Alvito los restos del Santo: “*Y si os doy a Isidoro, ¿con que me quedo yo?*”¹⁷. La segunda al despedir las reliquias, a su salida de Sevilla, cuando cubrió el féretro con el brocado conservado todavía en la Colegiata de San Isidoro en León: “*Te vas de aquí, venerable varón Isidoro, pero tu sabes también que tu causa es la mía: por eso te pido que me tengas siempre en tu memoria*”¹⁸.

15. Emilio García Gómez: *Acto Solemne de la Investidura de Doctor Honoris Causa por la Universidad Hispalense del Excmo. Sr. D. Emilio García Gómez*, Sevilla, 28.5.84, p.27

16. *Crónica del Moro Rasis*, Madrid 1965, 95

17. Enrique Florez: *España Sagrada*, Madrid 1752, t. IX, 232 y 409

18. *Ib.*, 233 y 410

Pero la incardinación de la ciudad en el Mundo Antiguo rebasa el marco de las fronteras peninsulares:

“ Se menciona en algunos libros de crónicas de noticias antiguas que Ixbán b. Titis, del linaje de Tubal, fue uno de los reyes hispanos que se distinguió por reinar en la mayor parte del mundo y que era originario de Sevilla. Acrecentó su mandato, llevó lejos su nombre y llegó su poder a todos los lados. Cuando hubo dominado todas las regiones de al-Andalus y le obedecieron los sitios más alejados, salió en barco desde Sevilla hasta Jerusalén (*Ilyá*). La ganó sin esfuerzo, la demolió y mató en ella a cien mil judíos, hizo prisioneros a otros cien mil y dispersó por los países de la tierra a otros cien mil. Transportó sus mármoles a Sevilla, Mérida y Beja. El era el dueño de la mesa que se encontró en Toledo, de la piedra que se halló en Mérida y de la vasijita de piedras preciosas que estaba en Mérida también”¹⁹

Como puede verse el binomio Sevilla- Jerusalén cuenta con una larga tradición. Pero las imágenes no son todas de alabanza. Ya desde el primer momento, o en elaboraciones que surgen en realidad durante el siglo X, cuando los omeyas reconstruyen la historia, surgen los textos negativos. Siglos más tarde, este tipo de textos dará lugar a un género de cierto éxito: el vituperio a Sevilla:

“Desde aquel momento no dejó la ciudad de ser especialmente considerada por los romanos. De ella fueron hombres que accedieron a las más altas ma-

19. Al- Udri: *Tarsi al-ajbar*, Madrid 1965, p.97; Rafael Valencia: “La cora de Sevilla en el *Tarsi al-ajbar* de Ahmad b. Umar al-Udri”, *Andalucía islámica. Textos y estudios*, Granada, IV-V (1983-86), 118. Allí se explica que desde la segunda frase, el párrafo es prácticamente idéntico al conservado por el sevillano Ibn al-Xabbat (Ed. Ahmad Mujtár al-Abbadi, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, Madrid 1971, 139; trad. Emilio de Santiago, *CHI* 5(1973), 41-42). Éste último autor atribuye el fragmento a Ahmad b. Muhammad ar-Razi: Emilio de Santiago: “Al-Razi, fuente de al-Udri. Dos precisiones historiográficas”, *MEAH*, XX (1971), 103-108

gistraturas romanas y al poder supremo en Roma. Ibn Waddah²⁰ cuenta que la mujer que mató a San Juan Bautista (*Yahya b. Zakariya*) era de Sevilla, de la alquería de Itálica. Se dice que Sevilla la fundó el César Octavio Augusto²¹

La antigua *Hispalis* surge de manera continua en los primeros autores árabes:

“Sevilla es una ciudad de antigua fundación. La gente que conoce el latín afirma que su denominación proviene del nombre *Hispalis (Ixbali)*, cuyo significado es “ciudad llana”. Se dice que la fundó Julio César, el primero que adoptó el título de César. La razón de construirla fue que al entrar en al-Andalus llegó al lugar donde hoy está situada y quedó impresionado por la nobleza del sitio, la bondad del terreno y por el monte conocido como el Aljarafe. Así hizo nivelar una zona junto al Guadalquivir y estableció allí la ciudad, rodeándola de murallas de piedra resistente. También construyó en medio de la *medina* dos alcabazas sólidas y extraordinarias que se conocen como los Dos Hermanos. Y la convirtió en metrópolis de las capitales de al-Andalus, dándole un nombre derivado del suyo y del de Roma: la llamó *Rumyat Yúlix [Colonia Iulia Romula]*”²²

Y esta ciudad estuvo poblada por un conjunto de personas que aparece también reflejada en las fuentes andalusíes. Algunas de las referencias van a sonarles a otras épocas. Pero quizás obedezca al hecho de que las ciudades de una larga historia suelen presentar una continuidad cultural nacida de una fuerte personalidad que las dota de la capacidad de asimilar toda una serie de influencias o interferencias de civilizaciones. La historia

20. Muhammad b. Waddah, m. 900, cordobés, autor del *Libro de las innovaciones*

21. Al-Himayrí: *Rawd*, p. 20 edic y 25 trad. El texto proviene, al menos, del autor del siglo XI Abu Ubayd al-Bakri, originario de Huelva

22. *Ib.*, p. 19 ed. y 24 trad. Consta igualmente en al-Bakri

de Andalucía responde un poco a esta dinámica. La de Sevilla constituye, creemos, un ejemplo notable al respecto. Sería difícil, en realidad imposible, fijar el momento en el cual la ciudad en la que vivimos configura su personalidad tal y como hoy la conocemos. Tal y como aparece, como colectividad humana, en la alta Edad Media. Tal vez todavía no ha se ha dibujado del todo esta forma de ser. Pero, después de analizar durante algún tiempo las personalidades de los sevillanos de época árabe, de compararlas con los sevillanos de otros tiempos, incluso de aquí y ahora, tengamos que llegar a la conclusión de que, a lo mejor, las diferentes etapas por las que ha pasado a lo largo de su historia respondan, en perspectiva, a milimétricos movimientos sobre un carácter fijado desde el primer momento de su existencia como núcleo urbano. Quizás pueda tratarse de una leyenda sobre Sevilla. De un invento de los sevillanos. Autoimaginados como una abigarrada multitud, en una bulla que se repite, casi cada día. En el momento del que hablamos: los poetas de la corte de los abbadíes, a la entrada del Alcázar Nuevo, el *Qasr al-Mubarak*, en la actual Plaza del Triunfo, que entonces se llamaba de los Banu Jaldún; los aceituneros del Aljarafe en el Arenal; los alfaquíes y pedigüeños de los alrededores de la mezquita aljama; clérigos cristianos, mercaderes de Oriente en búsqueda de aceite y trayendo especies de la India; comerciantes de telas venidos de Mosul o Alepo, en la calle Alemanes, a la entrada de la Alcaicería de la Seda; queseros de las marismas, marineros genoveses, vendedores de perfumes en la calle Alatares,... Resulta posible que cada una de estas personas tuviera su idea de Sevilla, como indicaba José María Javierre al recordar lo que José Ortega y Gasset definía como “ciudad de reflejos”:

“Sevilla ejercita poderes mágicos para jugar con la luz, con el aire, con las ideas y los sentimientos. Ni siquiera sabemos si Sevilla existe de verdad o sólo es un sueño de quienes la soñamos; cada cual suya y distinta, cada cual sueña su sueño sevillano”²³

23. José María Javierre: “Pregón de la Semana Santa 1993”, en *Pregones de la Semana Santa de Sevilla 1943-2001*, t. XV 1993-1996, p. 20

Como colectivo, un cordobés del siglo XII los calificaba de esta manera:

“Los sevillanos son las gentes más ligeras de cascos, más espontáneas para el chiste y más dadas a la burla, aun empleando la injuria. De tal modo están habituados a ésto y lo tienen por hábito, que entre ellos es considerado cargante el que no da y acepta toda clase de bromas”²⁴

Pero la calificación alcanzaba igualmente a los individuos, incluso a las personalidades más serias de la ciudad:

“Se cuenta que az-Zuhri, el predicador de Sevilla, que era cojo, paseaba un día con su hijo por el Guadalquivir. Allí se encontraron casualmente con un grupo que iba en barca por el río. Era la época del *Id al-Adha*, la Fiesta del cordero. Uno del grupo le dijo: “¿Cuánto vale ese cordero?”, refiriéndose a su hijo. Az-Zuhri le contestó: “No está en venta”. “¿Y el carnero?”, continuó el de la barca, aludiendo al viejo az-Zuhri. Entonces éste levantó la pierna coja y les respondió: “Tiene este pie defectuoso y no vale para el sacrificio”. Todos los presentes estallaron en carcajadas, impresionados por su buen temperamento”²⁵

Este carácter de los sevillanos llegaba, según las mismas fuentes árabes, a irritar a las personas que venían de fuera:

“Uno de Almería iba montado en barca por el río de Sevilla. Pasando junto a una ventana de Santiponce cantó:

24. Ax-Xaqundí, según al-Maqqarí: *Nafh at-tib*, Beirut 1968, t. II, p. 143

25. Al-Maqqari: *Nafh at-tib*, t. III, p. 383-4. Hay una traducción de Rafael Valencia “(Ixbilia (711-1248): Sevilla en la Alta Edad Media”, en *Historia de Sevilla*, CMIDE, Sevilla 1991, t.I, p. 75

Déjame de río, de barcas
y de juergas (*anaceas*) en Santiponce:
la maceta de albahaca que tengo en casa
la prefiero al mismo Paraíso.

En esto asomó su cabeza una muchacha que le dijo: “Tú, el que canta, ¿de dónde eres?”. El respondió: “De Almería”. Y ella le preguntó: “¿Y qué es lo que te maravilla de ella para preferirla al río de Sevilla, que tiene esa hermosa cara y esa nuca resplandeciente”. Esta era una bella expresión del lenguaje poético: en la convención literaria de Sevilla su rostro es el río y su nuca los Montes de la Bendición (*Yibal ar-rahma*), cubiertos de viñas y olivos que no dejan ver sino verde”²⁶

El término que hemos traducido por “juergas”, *anaceas*, aparece con cierta frecuencia en los textos de la época referidos a Sevilla. Incluso se registra en los primeros documentos de la ciudad bajomedieval:

“A todos los cristianos nuevos, varores y mujeres, se manda que no los dejen morar en las alhóndigas, ni mezclados con los moros, ni acompañen a éstos en las *anaceas*, ni en sus bodas, ni en sus pascuas, ni vistan como los moros, ni hagan ninguna cosa algo semejante ni costumbre de moros. A cuantos hallaren que hacen alguna de estas cosas, que la primera vez peche cada uno un maravedí, la segunda vez peche dos maravedises y que a la tercera vez, le den cien azotes y que lo echen de la ciudad”²⁷

La mayor parte de las escenas que describen los autores altomedievales suceden en la calle. Desde las celebraciones religiosas al exilio de al-Mutamid a comienzos de septiembre del 1091, en una escena descrita de manera magistral en los

26. Al-Maqqari: *Nafh at-tib*, t. III, p. 389-390

27. Ordenanzas de Sevilla de Fernando III. Cfr.: José Damián González Arce: “Cuadernos de ordenanzas y otros documentos sevillanos del reinado de Alfonso X”, *Historia. Instituciones. Documentos* 16 (1989), p. 122

versos de Ibn al-Labbana de Denia. O con ocasión de la entrada de los almorávides en 1147, que debió de tener poco de conquista militar pero que ocasionó, al menos, una víctima, producto creemos de la bulla que se formó al salir la población a la calle. Las referencias alcanzan a las dos orillas del Guadalquivir:

“Triana es una ciudad que se extiende sobre la ribera del Guadalquivir, frente al centro de la *madina* de Sevilla... Los miradores que dan a la zona del río los ordenó blanquear al-Mutamid b. Abbad con cal, para que los ojos no puedan apartarse de ellos.. Así esta zona se ha convertido en una maravilla para la vista: la mayor parte de sus rejas están labradas y doradas... En el lugar existen toda clase de entretenimientos en las noches de luna: se trata de algo conocido en todo el mundo”²⁸

El espacio urbano se convertía así, para los guardianes más celosos de las buenas costumbres en un ámbito para la trasgresión que era criticado con contundencia:

“Los que se dediquen a la prostitución deberán ser expulsados de la ciudad y castigados donde quiera que se encuentre a uno de ellos. No se les dejará que circulen entre los musulmanes, ni que anden por las fiestas, porque son fornicadores, malditos de Dios y de todo el mundo”²⁹

Estas prácticas censurables llegaban incluso a los recintos religiosos, incluido el oratorio al aire libre, la *musala*, que era usado con el buen tiempo y que se encontraba en el ámbito del actual Prado de San Sebastián:

28. Ibn Said: *Mugrib*, Cairo 1964, t. I, p. 293. Hemos dado una versión del texto, que ya fue citado por Fernando de la Granja (“Geografía lírica de Andalucía musulmana”, en *Historia de Andalucía*, Barcelona 1981, t. V, p.90) en otro lugar: “El espacio urbano de la Sevilla árabe”, en *Premios Ciudad de Sevilla de Investigación 1986*, Sevilla 1988, p. 293

29. Ibn Abdún: *Tratado*, Sevilla 1981, nº 170

“Otra innovación es que en tierras de al-Andalus acostumbran las gentes a comprar dulces para la noche del 27 de Ramadán y a celebrar el año nuevo solar (*yan-nayr*), comprando frutas, como hacen los cristianos, y celebrar la sanjuanada (*ansara*) y el *jueves de abril*, comprando almojábanas y buñuelos, que son manjares innovados. Y el que los hombres salgan, en grupo o separados, en compañía de sus mujeres, mezclándose en la diversión. Otro tanto hacen en los días de fiesta en que salen a la *musala* y erigen en ella pabellones para divertirse, no para orar”³⁰

Quizás fuese la fama que precedía a Sevilla pero casa mal el decirle “ligero de cascos” a personajes como Averroes el Nieto (1123-1198), juez de la ciudad a finales del siglo XII, a sus coetáneos los Avenzoar, la famosa familia de médicos. O al *qadi* o juez, con funciones municipales asimilables a las de los actuales alcaldes, de época almorávide Abu Bakr Muhammad b. al-Arabi al-Maafiri, m. 1147, uno de los mayores teóricos de la educación en la historia del Mundo Árabe. O al arzobispo metropolitano de la ciudad, la máxima autoridad religiosa cristiana, de rito isidoriano, en todo al-Andalus:

“En aquel tiempo otrossi fue en Sevilla el sancto obispo Johan, ome de muy grand santidad et de buena vida et santa, que era llamado de los alaraves por su aravigo Çaeýt almatran; et era mui sabio en la lengua araviga e fizo Dios por el muchos milagros; et traslado las santas escripturas en arabigo et fizo las esposiciones de ellas, segund la santa escriptura, et assi las dexo despues a su muerte para los que viniesen después del”³¹

También se avienen mal algunas de las imágenes antes mencionadas, ¿o son caricaturas?, con una ciudad industrial convertida en el puerto más relevante del Mediterráneo occiden-

30. Abu Bakr Muhammad at-Turtuxí: *Kitab al-awadiz wa-l-bidá* (*Libro de las innovaciones*), trad. de Fernando de la Granja (*al-Andalus* 35 (1970), 122-123)

31. Alfonso X: *Primera Crónica General de Espana*, Madrid 1977, t. II, p. 326

tal, desde donde salían hacia el comercio exterior los productos del área y en cuyas alhóndigas se asentaban los que venían desde el otro lado del Mediterráneo y de Asia. Az-Zuhri, el geógrafo almeriense del siglo XII, nos lo expresa con estas palabras:

“Desde el Aljarafe se exporta aceite al resto de al-Andalus, a los países cristianos, al Magreb y el Norte de África, al Cairo y a Alejandría, llegando incluso algo hasta el Yemen”³²

Los personajes que responden al prototipo de sevillano serio y trabajador son muchos. Sus hechos quedan también reflejados en los textos de la época. Baste como ejemplo el de Abu Bakr Muhammad az-Zubaydi (928-989), lingüista y poeta, preceptor del futuro Califa de Córdoba Hixam II, en el siglo X. Este autor se ocupó del tema al que vamos ahora a referirnos: el habla que tenían los sevillanos de la época. Género en el que podemos registrar una escuela sevillana de gramáticos por el considerable conjunto de tratados que conservamos. Maestro con experiencia, az-Zubaydi escribió versos como éstos:

“Abu Muslim, el joven debe ser juzgado
por su inteligencia y su palabra,
no por cabalgaduras y ropajes
Los vestidos de una persona no lo enriquecen
lo más mínimo cuando es poco
lo que alberga el alcázar del espíritu
Abu Muslim, no sirven para la ciencia
para el entendimiento y el ingenio
las prolongadas sesiones de sillón”³³

32. Dolors Bramón: *El mundo en el siglo XII. El tratado de al-Zuhri*, AUSA, Barcelona 1991, 155

33. *Sitawil*. ad-Dabbi: *Bugya*, Madrid 1885, p. 56; al-Humaydi: *Yadwa*, pg. 46; as-Suyuti: *Bugya*, t.I pg. 84, con sólo los dos últimos versos; al-Maqqari: *Nafh*, t. IV, p. 7 y t. VII, p. 40: en esta segunda cita existe una variante en la última palabra del primer hemistiquio, “corazón” por la que hemos traducido por “inteligencia”; hay una traducción al castellano de Francisco Pons: *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigos-españoles*, Madrid 1898, pg. 91. Hemos publicado la traducción del poema en otro lugar: Rafael Valencia: “Abu Bakr Muhammad al-Zubaydi”, *Vivir Sevilla*, nº 5 (1986), 27. La de éste, los fragmentos que siguen y otros poemas del autor en Rafael Valencia: “Los Banu-Zubaydi de Sevilla”, *Anaquel de Estudios Árabes*, 12 (2001), 759-768

O este otro:

“No pido a las ciencias
 más que el no dejar de cultivarlas
 y ejercerlas.
 Sin ellas no tiene mi corazón
 felicidad y quedan mis ojos
 como enfermos”³⁴

El autor tenía una visión del mundo, en la mejor y auténtica tradición de la ciudad, que iba más allá de cualquier localismo centrado en el aire de Sevilla:

“La pobreza convierte a nuestro país en extranjero
 y la riqueza al lugar de destierro en nuestra patria
 Pues la tierra entera, en su diversidad, es algo único
 y todos sus habitantes hermanos y vecinos”³⁵

La imagen fraguada en torno a la Sevilla árabe cuenta, como es lógico, con un buen número de leyendas. Éstas se van tejiendo desde el mismo momento de la conquista árabe hasta la entrada de Castilla en la ciudad en 1248-49. La Junta de Defensa, presidida por el general Xaqqaḥ, el Axataf de los textos castellanos, tendrá que hacer frente desde el final del verano del 1247 al cerco de las tropas de Fernando III. Mirada desde la óptica de los vencidos, de los que en gran medida tuvieron que emigrar al Norte de África, el hecho presenta en buena lógica tintes apocalípticos. Un autor magrebí llama al personaje mencionado “*el medio que empleó la Providencia para que los cristianos entraran en Sevilla*”³⁶. La relevancia de Sevilla en el conjunto de al-Andalus en ese momento era notoria y el hecho queda plasmado, entre otros muchos testimonios, en el conocido poema de Abu-l-Baqá de Ronda en el que se hace eco de las conquistas del valle del Guadalquivir por parte del monarca de Castilla:

34. *Al/jaiif*. Al-Maqqari: *Nafh at-tib*, t. III, pg. 475

35. *Anu/sarí*. Al-Maqqari: *Nafh at-tib*, t. II, p. 74. Existe también traducción de Francisco Pons: *Ensayo*, p. 92; de Henri Pérès, del segundo verso: *Esplendor de al-Andalus*, Madrid 1983, p. 34; de Rafael Valencia: “Abu Bakr...”, 27

36. Ibn Idari: *Al-bayán al-mugrib*, Casablanca 1985, pg. 397

Todo tiene un plazo marcado:
que nadie se engañe
con las cosas agradables de este mundo
Tu has visto el cambio de las cosas:
a quién un tiempo le satisface
otras épocas le afligen
En este mundo nada permanece para siempre
ni la suerte se sitúa
constantemente del mismo lado
Los reyes y los reinos se convierten
en leyenda puesta en boca
de un contador de sueños
Hay hechos que permiten consuelo
pero hay heridas, como ésta,
que no admiten cura
¿Dónde está Sevilla y qué fue de su alegría?
¿Dónde su río de aguas dulces
abundantes y generosas?
Ciudad que fue el pilar del país
y, ¿qué edificio puede sostenerse
cuando no quedan cimientos?
Las mezquitas se han transformado en iglesias,
ya no quedan en sus recintos
mas que campanas y cruces
Hasta el *mihrab* de piedra llora,
hasta los pulpitos se aflijen
hechos como están en madera
Tú que permaneces indiferente:
el destino te está llamando y, si duermes,
esta época va a vapulearte
Alegre y confiado, su mismo país la olvida,
pero, ¿puede tener patria el género humano
después de haber perdido Sevilla?³⁷

37. Al-Maqqari: *Nafh at-tib*, t. IV, pgs. 487-488

LOS REFRANES DE LA SEVILLA ÁRABE

Pero dejaré para otra ocasión las citas poéticas sobre el aire de Sevilla. No he querido entrar en Pedro Salinas o Joaquín Romero Murube. O en otros muchos. Porque, entre los testimonios que conservamos de la antigua *Ixbilia* nos vamos a detener en un pequeño muestrario de los refranes que circulaban por la ciudad cuando sus habitantes se expresaban en lengua árabe. Los refranes reflejan, sobre todo en una cultura predominantemente oral como a la que nos estamos refiriendo, de manera muy directa, la forma de ser de una colectividad. Por otra parte nos permiten acceder al habla de los árabes sevillanos. Un primer conjunto de estos refranes hacen referencia de manera directa a los elementos más significativos del entorno.

Uno de ellos dice:

*“Faddán ala faddán jayr min faddán amam faddán”*³⁸

Su traducción sería “Fanega con fanega es mejor que fanega frente a fanega”. El término *faddán*, que tal vez en el Aljarafe lo pronunciaran como *fadín*, al menos en el siglo XIII, alude al terreno que es posible labrar en un día con el trabajo de una persona y una yunta de bestias. Por eso lo hemos traducido por *fanega*. La conveniencia de tener toda la tierra de labor en una misma explotación nos relaciona la principal actividad económica del territorio, la agricultura, con el sistema articulado por la norma andalusí respecto a la propiedad de la tierra. Del sistema hereditario musulmán se deriva directamente la tendencia al minifundio, ya que marca la división a partes iguales de las propiedades de una persona entre sus derechohabientes. Esto chocaba con la necesidad de contar con explotaciones de un determinado tamaño. Lo cual hizo que se saltara el régimen de sucesiones mediante la constitución de unos *legados píos* de tipo secundario, *awqaf zanawia* en la terminología de la época. Una determinada familia constituía una fundación, teóricamente pública, pero con señalamiento de administrador. El derecho de administración era

38. Ibn al-Awwam: *Libro de la agricultura*, Madrid 1802, t. II, p.39

enajenable o transmisible en el momento del fallecimiento. La supervisión de todo el sistema correspondía al juez provincial de Sevilla, lo que explica el listado de personajes relevantes que ocuparon el cargo, desde Almanzor a los dirigentes de los Abbades, la familia gobernante del siglo XI, el mencionado Abu Bakr Muhammad b. al-Arabi o el mismo Averroes el Nieto. El sistema de *awqaf* ha sido estudiado por Alejandro García Sanjuán³⁹, en una codirección con el Director de esta Institución, Manuel González Jiménez, de una tesis doctoral de la que me siento especialmente satisfecho. Sin olvidar otras como la que Guillermo Sánchez dedicó⁴⁰, en el marco de la Universidad del Salvador de Buenos Aires, a la conformación de la primera teología musulmana a partir de los Padres de la Iglesia oriental o la reciente de Ana Torres⁴¹ al conflicto de 1963 entre Marruecos y Argelia.

Otros ejemplos de esta amplia literatura paremiológica sevillana hacen referencia a la misma realidad de la importancia de la agricultura que se registra en muchos testimonios escritos. Como el de referirse al alguien que andaba *Más sucio que un aceitunero del Aljarafe*. Uno de los de mayor circulación decía:

“*Zaytún ax-Xaraf, ma zada waqr, zada faqr*”

“Olivos del Aljarafe: si no producen riqueza, aumentan la pobreza”

Este curioso dicho ha sido conservado por el cordobés Ubayd Allah az-Zachchali (1220-1294)⁴², en una obra sobre *Refranes populares de al-Andalus*. Creemos que se refiere al hecho del trabajo que requería una de las principales actividades del Aljarafe en época árabe. En caso de un buen año de cosecha, el aceite resultante tenía como resultado un notable beneficio, por la salida con la que contaba como moneda de cambio en

39. *Los bienes habices en al-Andalus (siglos IV-IX/ X-XV). Estudio socioeconómico de una institución islámica a través del análisis de las fuentes jurídicas*, Departamento de Historia Medieval- Universidad de Sevilla. 21.12.98

40. *Paleocristianismo y proto-Islam*, Buenos Aires 15.11.95

41. *Historia de las relaciones exteriores del Marruecos independiente. La Guerra de las Arenas (1963) y la diplomacia occidental*, Área de Estudios Árabes e Islámicos- Universidad de Sevilla, 9.6.10

42. *Amzal al-awwam*, ed. Muhammad Bencherifa, Fez 1971, n° 1036, p.235-36

la zona, en el mercado local y en el de todo el país o a través del puerto de Sevilla destinado al comercio al que ya hemos aludido. Si el año era malo, por exceso de lluvias, por sequía o cualquier otra contingencia, normalmente meteorológica, el gasto hecho en aperos, abonos y labores llevaba indefectiblemente a la pobreza.

Otros refranes de aquel tiempo aluden a temas típicamente urbanos. Como la rivalidad, por calificarla de algún modo, entre Sevilla y Triana. Ejemplo señalado, desde los más remotos tiempos hasta nuestros días, de la lectura de Sevilla como ciudad dual. Nos lo ha conservado el mismo autor anterior:

“*Taryana taftaq wa Ixbiliya tagram al-yual*”⁴³

“Triana comete la falta y Sevilla carga con la culpa”

El texto conservado tiene el enorme interés de unas grafías de las denominaciones árabes de Sevilla y Triana que no son las que establecía la norma de la lengua árabe de al-Andalus. Ambas carecen, en la versión de este texto, de la *ta marbuta*, la marca de femenino en árabe. Una lápida del siglo XI muy conocida nos registra antes, por primera vez, la pronunciación local de *Triana* en vez de la *Taryana* de la lengua árabe clásica. Curiosamente conservamos, en un autor tardío, escritor del Cairo de los mamelucos del siglo XIV, a veces poco exacto, una referencia que afirma justamente lo contrario. El hecho resulta poco menos que habitual para la Sevilla árabe. En ocasiones tenemos la suerte de contar hasta con tres versiones textuales de un mismo hecho o varios registros de una denominación personal o de lugar. Variando la actuación real de determinados personajes o linajes o reseñando formas peculiares o locales de la lengua árabe andalusí o el habla sevillana. Este autor dice:

“La gente de Sevilla dice, cuando se produce un delito: Triana pagará las culpas”⁴⁴

43. *Ib.*, nº 1050, p. 242-3

44. Al-Himayri: *Rawd*, p. 127 ed. y 154 trad.

Al mismo refrán se le ha dado la vuelta. Según la orilla del Guadalquivir donde uno se sitúe. Es el vituperio a la ciudad dentro de ella misma.

Una de las colecciones más completas que conservamos sobre refranes de la Sevilla árabe nos ha sido legada por Ibn Hixam al-Lajmi, m. 1181, discípulo del citado de Abu Bakr Muhammad b. al-Arabi. El personaje, sevillano, pasó en Sevilla toda su existencia y es autor de un *Libro sobre el habla popular*⁴⁵. En él hemos contabilizado más de ciento cincuenta refranes. En otra ocasión nos ocuparemos de su estudio pormenorizado. En ellos se dibuja una buena fotografía de la Sevilla árabe, mejorando, a través del habla, la que antes había hecho az-Zubaydi. El interés que encierran para el conocimiento de las formas dialectales sevillanas lo consideramos como enorme. No es el menor de los detalles que aporta la confusión que los sevillanos tenía entre las consonantes árabes *sin* y *xin*, de grafía similar. Lo cual puede explicar como del *Hispalis* o *Spali* latino se pasa al *Ixbilia* andalusí. Basten hoy algunos ejemplos para completar la fotografía de los sevillanos de la Alta Edad Media.

Algunos de los refranes que nos ha conservado Ibn Hixam al-Lajmi se remontan a la antigua Arabia, la de los primeros tiempos del Islam como el “*Más falso que Musaylima*”⁴⁶, aludiendo a uno de los falsos profetas que surgen a la muerte de Mahoma, durante las llamadas “Guerras de apostasía”, cuando sus seguidores se disputan la primacía de la comunidad. Las referencias a ese tiempo en la antigua *Ixbilia*, como sucede en realidad en el al-Andalus omeya, formaba parte de la tradición de sus habitantes. Por decirlo de alguna manera, la gente de Sevilla se consideraba, al menos hasta comienzos del siglo XII, más árabes que nadie. Incluso algunos de los linajes del XIII hacen todavía referencia a sus orígenes orientales premusulmanes.

Otros refranes surgen de forma directa de las labores docentes que ejerció el autor durante toda su vida: “*Le enseñé a dis-*

45. Edic. José Pérez Lázaro, Madrid 1990

46. *Ib.*, nº 20. El número de orden es el que le hemos dado siguiendo el índice correspondiente de la obra de José Pérez Lázaro, sin contar las variantes de un mismo refrán. Los refranes de Ibn Hixam fueron ya estudiados por Emilio García Gómez, *al-Andalus* 35 (1970), 1-68

*parar el arco a diario y cuando aprendió me disparó*⁴⁷. O una versión del conocido “*Quod natura non dat, Salmantica non praestat*”: “*Si la naturaleza es mala, de nada vale el trabajo del maestro*”⁴⁸

Algunos de los ejemplos de Ibn Hixam nos remiten de nuevo al medio físico y las actividades económicas de la Sevilla árabe: “*Cuando te vendan una cebolla, no preguntes por el agua que la ha regado*”⁴⁹. En el “*Yo se como es el sol de mi pueblo*”⁵⁰, el autor nos conserva dos variantes de la última palabra especialmente interesantes: en una de ellas usa el término *balad*, en árabe “país”, en el sentido de terruño; en otra utiliza el de *ard*, “tierra”, normalmente usado para aludir a todo el planeta. Otro apartado es el de los refranes que reflejan la simbología humana de la ciudad en aquella época: *Baada as-sadaqa sirna maarifa*. Es decir: “*Después de ser amigos, quedamos como conocidos*”⁵¹. O el calificar a una persona como “*Cuerpo de mulo y sueños de pájaro*”⁵². O al decir: “*Su excusa es peor que su falta*”⁵³. Mayor universalidad tiene el “*A quien no se respeta a sí mismo, nadie le respeta*”⁵⁴ *Wa man la yukarrim la yukarram*. Terminó con un consejo que quizás siga manteniendo, aquí y ahora, toda su validez, en mitad del aire de Sevilla: “*No seas tan dulce que te engullan, ni tan amargo que te escupan*”⁵⁵

COLOFÓN

Y vuelvo de nuevo al principio. Este mundo que se pretende aldea global, con parámetros que distan mucho aún por ser definidos para hacerlo realmente viable, descansa en una población cada vez más urbana. El hecho no resulta nuevo en esta Bética que ya estaba articulada sobre un buen número de ciudades. Conjunto que se fue incrementando en un al-Andalus heredero al mismo tiempo de la cultura clásica mediterránea y de la norma surgida en la lejana Arabia.

47. *Ib.*, nº 18

48. *Ib.*, nº 9

49. *Ib.*, nº 12

50. *Ib.*, nº 30

51. *Ib.*, nº 35

52. *Ib.*, nº 43

53. *Ib.*, nº 61

54. *Ib.*, nº 147

55. *Ib.*, nº 30

En su discurso de investidura como Doctor *Honoris causa* por la Universidad de Sevilla, Emilio García Gómez se declaraba “catador de ciudades”, colocando a Sevilla en la categoría de “ciudad soñada”⁵⁶. Comparto con él la pasión por Venecia, para mí el lugar donde se funden, o se confunden en el mejor sentido del término, Oriente y Occidente. Veinte años después de haberlo hecho García Gómez, tuve la suerte de dirigir el Instituto Hispano-Árabe de Cultura de Bagdad, luego incorporado al Instituto Cervantes, que él había fundado. Pocos meses antes de que la madre de todas las desgracias se abatiera sobre Mesopotamia. Quizás así, por compensación, me gané el pasar cada día por la Punta del Diamante camino de la Puerta de Jerez. O por Placentines viniendo a esta Casa de los Pinelo. Al pie de la Giralda, la vigilante del aire de Sevilla. Y considero, “un privilegio verla a diario”⁵⁷. Para mí esta antigua *Ixbilia* era la ciudad soñada cuando, de pequeño, escuchaba Radio Sevilla desde mi Berlanga natal. Confieso que en ella me siento “... libre, auténticamente libre; libre para decir y hacer lo que sea. Sin que nadie te pueda quitar nada de lo que has hecho”⁵⁸. Aunque no llegue a la exageración de Ignacio Sánchez Mejías:

“Yo no necesito a nadie:
pasa por mi calle un río
y vivo en medio del aire”

Con las lluvias que hemos soportado y disfrutado los pasados meses, a mi hijo, sevillano, le decía que quizás había alcanzado el privilegio de vivir en Sevilla y Venecia al mismo tiempo. Si tengo que plasmar en una máxima esta inmigración personal del campo a la ciudad y mi vida en Sevilla, he de hacer mía una frase de cuyo autor no puedo acordarme:

“Para ser conocido sin conocer, vivir en un pueblo;
para conocer sin ser conocido, vivir en una ciudad”

56. *Acto Solemne de la Investidura de Doctor Honoris Causa por la Universidad Hispalense*, p. 25

57. *Ib.*, p. 37

58. En términos similares se expresaba el actor Marcelo Mastroianni: “Ser por fin libres. Libres de decir y hacer lo que sea, total ya nadie nos puede quitar nada”, *País Semanal* 1.9.96

Porque considero, entre las capitales que me ha sido dado visitar, que hay ciudades predestinadas a aportar la cultura que generan en su seno: Atenas, Roma, Córdoba, Damasco, Cairo; otras, generalmente dedicadas al comercio, aportan arte: París, Barcelona, Florencia, Buenos Aires, Petersburgo, Alejandría, Alepo, Vigo, Mosul; otras representan un cambio de actitud o un giro en la historia: Estambul, Madrid, Marrakech. Otras las he vivido como víctimas de destrucción, como Bagdad o Lagos. Hay algunas que se me escapan a una clasificación: Granada, Tetuán, Fez. Pero existen algunas ciudades cuya misión histórica consiste en aportarse a sí mismas: Venecia y Sevilla. Son ciudades hermosas que han de cumplir su sino de seguirlo siendo. Ciudades surgidas en lugares mágicos y casi imposibles, pero donde la naturaleza (paisaje, perfumes) funde a la persona, donde la vida puede ser más fuerte que nosotros mismos. Ciudades de aire que envuelve. Ciudades con rituales urbanos que pueden conseguir conquistar, sin ahogar, a naturales y visitantes. Aunque a veces agobien a los que han venido de fuera. O a los mismos naturales.... Comenzando el carnaval en Octubre o manteniéndolo durante todo el año, como la Semana Santa y sus entidades... Ciudades destinadas a ser ellas mismas sin envejecimiento ni descanso..., sin notar más que ligeramente el paso de culturas y civilizaciones. En un esfuerzo que no debe notarse... Ciudades que admiten la lectura de la superficialidad pero también del humanismo más profundo, que debe ser el que corresponde más a su carácter colectivo y a la mayoría de sus individualidades. Ciudades que son lugar de referencia para cualquier persona... Universales y a la vez especiales, con una fuerte personalidad que disuelve, envolviendo, con un aroma profundo... Ciudades para echarlas de menos, para a veces entreverlas y no verlas ya más, para imaginarlas como se las dejó y como se las añora... Para sentir las como en aquel momento en que logramos que formaran parte de nosotros mismos... Ciudades para soñarlas casi al amanecer de un día de primavera, en una mañana antes de que comience el verano o a principios del otoño: a esa hora en que se tejen los sueños y se convierten en realidad.⁵⁹

59. Rafael Valencia: "Variaciones sobre un tema de Antonio Gala", inédito. El texto de Antonio Gala fue publicado en el *País semanal* 29.12.9

DISCURSO DE CONTESTACIÓN A D. RAFAEL VALENCIA RODRÍGUEZ

Por RAFAEL MANZANO MARTOS

Señores Académicos:

Hacía mucho tiempo que deseaba ver incorporado a nuestro instituto al más importante arabista, tanto por historiador como por filólogo y estudioso de la literatura islámica, con que cuenta la Universidad Hispalense, el profesor Rafael Valencia, que nacido en Berlanga, en ese alfoz espiritual sevillano que es la Baja Extremadura, recaló para siempre en esta orilla eterna del Gran Río.

Su elección, como nos ha recordado, ha venido a coincidir con el segundo centenario, en 2009, del nacimiento en nuestra ciudad de Don Pascual de Gayangos, padre del arabismo español, en el que se concatenan sucesivamente las figuras gloriosas de sus discípulos, Don Francisco Codera y Zaidín, Don Julián Ribera, y Don Miguel Asín Palacios que, en su *Escatología musulmana en la Divina Comedia*, nos legó la obra cumbre y más polémica de aquella escuela, que en ella supo construir un monumento sin rival de la Ciencia Española. Don Miguel tuvo dos grandes discípulos que he tenido la suerte de compartir como maestros, Don Emilio García Gómez, y su sobrino y prohijado Jaime Oliver Asín.

Don Emilio fue gloria de esta casa donde con ocasión de su recepción como Académico de Honor, nos ilustró con un discurso, desgraciadamente inédito, y lamentablemente perdido, en el que nos tradujo a verso castellano, en endecasílabos sin me-

noscabo científico de su traslado, algunos poemas del “Divan” de al-Mutamid, aun en contra de sus más viejas convicciones, cuando llamaba “elegantes pastiches literarios” a las traducciones versificadas de Don Juan Valera.

El otro, su sobrino Jaime Oliver Asín, fue para mí un maestro irrepetible, en aquel conventículo de arabistas, como los llamaba García Gómez, de la Costanilla de San Vicente de Madrid. En aquella Escuela de Estudios Árabes, los modestos despachos, que contenían en sus anaqueles de roble las bibliotecas de Codeira y de Ribera, se asomaban a un patio romántico y decadente.

La muerte inesperada, en trágico accidente, de mi maestro Don Leopoldo Torres Balbás, con el que frecuentaba la casa, me dejó triste y desconcertado. Pero Jaime Oliver, que era director, en los días en que el “visir poeta” García Gómez representaba a España ante la “Sublime Puerta”, me acogió con singular cariño, y me confió, la elaboración de los inmediatos números de la “Crónica Arqueológica de la España Musulmana”, entretejiéndolos con textos aún inéditos del maestro a más de aportaciones personales y de otros colaboradores. Los sábados por la tarde a partir de las seis, era la gran tertulia sobre los temas de investigación más candentes. Jaime Oliver fue mi gran maestro en Toponimia y Geografía Histórica. Vivía en un piso superior de la misma casa, que albergaba la gran biblioteca de su tío, don Miguel Asín, y su mesa de billar, centro de ordenación y clasificación de la misma. Desgraciadamente su obra colosal, que continúa su hija, permanece aun inédita. Todavía después de mi traslado a Sevilla, pude gozar de su compañía en algún congreso en países árabes, especialmente en el Symposium de Testour en Túnez en el que ambos fuimos los participantes españoles junto al inolvidable embajador Alfonso de la Serna.

La secretaria de la Escuela lo era Soledad Gibert, que ostentaba el hermosísimo nombre de Soledad por devoción de su padre, ingeniero de ferrocarriles llegado a nuestras tierras, hacia nuestra Dolorosa de San Lorenzo. Era, como decía Don Emilio, la “encantadora señorita” que todo lo llenaba con su presencia, y que deseábamos todos emparejar con Fernando de la Granja, el joven y brillante discípulo de García Gómez que trabajaba en su tesis sobre un recetario de cocina árabe-español. Pero pronto

aparecería por la Escuela un nuevo becario, Joaquín Vallvé, que acabaría casándose con ella. Ambos, tras brillantes oposiciones, fueron profesores en Barcelona de nuestro nuevo académico, que tuvo la singular fortuna de pertenecer a un curso de siete alumnos en el que fueron desertando uno a uno, hasta quedar como alumno único de Soledad en su clase de Literatura Árabe.

Yo tuve suerte parecida, porque solía acompañarla a pie hasta su casa de Atocha, próxima a la mía, y pude vivir de cerca su entrañable amistad y sabiduría y estudiar con ella la mezquita de Velefique en Almería, patria del gran maestro y polígrafo árabe Abu-l-Barakat al-Balafiqi, maestro de Ibn Játima de Almería, objeto de su tesis.

El cuadro de aquel lugar irrepetible, lo completaba Don Elías Terés Sádaba, navarro enamorado del flamenco, al que acompañé en varios viajes al Jerez de mi juventud, que en aquellos días era santuario del cante jondo, y donde el arabista se transfiguraba. Solo me queda evocar la figura modesta del viejo conserje, Pepe, cuyo apellido no recuerdo, pero que era natural de Beteta, y que es la única persona que en mi juventud me trataba de usted, me ayudaba a ponerme el abrigo, y me decía con voz tenue al hacerlo: “*Don Rafael, hágame Vd. buen ambiente...*”.

Luego, las obligaciones contraídas en el estudio de Fernando Chueca, que conciliaba con mis estudios de arquitectura, me obligaron a abandonar aquel mágico lugar que, sin embargo, marcó mi vida y, si nunca llegué a ser arabista, ha sido grande mi devoción por los estudios islámicos, he trabajado en la historia de su arquitectura, y he contribuido a conformar una brillante sección de arqueología islámica en la Escuela de Estudios Árabes de Granada, tal vez con el deseo de invalidar aquella frase de Don Emilio, que gustaba decir que “ya se había terminado en este país la Escuela de traductores de Toledo”, con el sentido de que quien quisiera dedicarse al estudio del Islam, debiera empezar por aprender árabe y utilizar en directo sus fuentes. Y yo pienso que, dada la profunda especialización filológica que ello supone, hoy, en el mundo global que vivimos, tenemos mucho que esperar de la colaboración entre los arqueólogos e historiadores con los filólogos y traductores.

Por eso estamos aquí acompañando en este día solemne a nuestro nuevo académico, máximo estudioso del Islam entre no-

sotros, y que viene a cubrir un vacío en esta Academia que tiene entre sus fines la profundización en el dominio y conocimiento de nuestra lengua, y en la que creo deberíamos contar siempre al menos con un helenista, un latinista, y un arabista, que puedan siempre explicarnos las raíces y fundamentos del riquísimo vocabulario de nuestra lengua.

Rafael Valencia, es profesor de la Universidad Hispalense desde 1985, donde imparte cursos sobre Historia de Al-Andalus, Historia del Islam y Literatura Andalusí. Viajero de vocación, inició en ella sus estudios, primero de Ingeniería, y luego de Letras y, tras un breve paso por la Complutense, se licenció en 1976 en Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona, en cuyas aulas se especializó en Lengua y Literatura árabes, como ya hemos visto con la profesora Soledad Gibert y su esposo Joaquín Vallvé, y con la profesora Eugenia Gálvez, discípula de García Gómez. No ha querido omitir el magisterio de Juan Vernet, patriarca de los estudios sobre la Ciencia en el Islam Español, discípulo a su vez de José Maria Millás Vallicrosa, iniciador del arabismo en Barcelona, también numismático, y al que alcancé a conocer en tertulia con mi maestro Torres Balbás en la biblioteca del Instituto de Valencia de Don Juan.

A finales de 1977, nuestro nuevo académico se trasladó a Bagdad en cuya universidad fue profesor hasta 1980. En aquellos años dirigió el Instituto Hispano-Árabe de Cultura de la capital Iraquí, hoy integrado en el Instituto Cervantes, y fue agregado cultural de nuestra embajada. Precisamente en aquellos días trabajaba yo por aquellas tierras, con Fernando Chueca en el proyecto de un Gran Hotel, de raíces andalusíes, en Mosul, proyecto que se frustró por la guerra entre Irán e Irak, que a nuestro recipiendario le tocó vivir en directo. Aquí le vemos iniciándose en algo que parece que es una constante en el moderno arabismo, en la Diplomacia, misión fundamentalísima en el equilibrio del mundo actual. Quizá si los servicios de Información de los Estados Unidos hubiesen dispuesto de buenos arabistas, se hubieran conocidos a tiempo los proyectados atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York, y tal vez se hubiesen evitado las Guerras con Irak. Creo que en estos momentos, para el equilibrio entre los bloques, es básico el profundo conocimiento del espíri-

tu del Islam, tanto en lo que coincide, como en lo que lo separa de Occidente.

En 1986 obtuvo el Doctorado en la Universidad Complutense con una tesis sobre el “medio físico y humano de la Sevilla” árabe, y el de investigación “Ciudad de Sevilla” del mismo año por un trabajo sobre el urbanismo islámico de la ciudad. Años después, coordinaba los temas hispanomusulmanes de nuestra historia tanto en la “Gran Enciclopedia de Andalucía” (Málaga 2004) como en la “Enciclopedia General de Sevilla” (Málaga 2009).

Cuenta con más de un centenar de publicaciones sobre la Sevilla árabe, historia de al-Andalus, Relaciones Euro- Árabes, Islam de Fronteras, Islam actual de la Península Ibérica y Golfo Pérsico. Entre las publicaciones sobre la Sevilla árabe destacan „*La cora de Sevilla en el Tarsí al-ajbar de Ahmad b. Umar al-Udri*”, *Andalucía Islámica. Textos y Estudios, Granada, IV-V (1986)*; que recoge parte de su trabajo de memoria de Licenciatura; *Sevilla musulmana hasta la caída del Califato: contribución a su estudio*, Madrid 1988, la publicación de su tesis doctoral, obra muy citada en la bibliografía posterior que se ha ocupado del tema; “El urbanismo de la Sevilla árabe”, en *Premios de Investigación Ciudad de Sevilla*, Sevilla 1988; “Islamic Seville, its Political, Social and Cultural History”, en *The Legacy of Muslim Spain*, Leiden 1992 y 1994;” La arquitectura de la Sevilla almohade”, en la edición de mi discípulo Alfonso Jiménez: *Arquitectura andalusí en Andalucía. Documentos para el siglo XXI*, Sevilla 1995; “La mujer y el espacio público de las ciudades andalusíes”, en M^a Isabel Calero y Rosa Francia (eds.): *Saber y vivir: mujer, Antigüedad y Medievo*, Málaga 1996; “El espacio público de la Sevilla árabe: la ciudad como escenario”, *Stylistica* 5 (1997-98); “La Sevilla almohade: el espacio humano”, en M. González (Ed): *Sevilla 1248 Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del 750 Aniversario de la Conquista de la Ciudad de Sevilla por Fernando III, Rey de Castilla y León*, Madrid 2000; “Los Banu-z-Zubaydi de Sevilla”, *Anaquele de Estudios Árabes* 12 (2001); “La formación de al-Andalus”, *Encuentro* n° 392 (Diciembre 2004); “La pervivencia de Isidoro de Sevilla en al-Andalus”, en *San Isidoro. Doctor Hispaniae*, Sevilla 2002,

donde analiza la huella que la *Hispalis* o *Spali* tardorromana deja en la ciudad árabe, siguiendo una idea, repetida en toda su obra, de que la cultura de al-Andalus, en todas sus formas, es heredera de la tradición oriental y de la de la Bética visigoda, y que, a partir del siglo XIII, proyecta su luz sobre la ciudad al incorporarse a la Corona de Castilla.

Formó parte del Comisariado de las actividades que conmemoraron el Centenario del gran historiador de origen sevillano, Ibn Jaldún, en el 2006. Entre ellas coordinó un volumen sobre *Sevilla en el siglo XIV*, en el que se traza la imagen de la capital que albergó la corte de Pedro I de Castilla. Al mismo autor, Ibn Jaldún, una de las referencias continuas de Rafael Valencia al ocuparse de la cultura de al-Andalus, dedicó una antología de la famosa *Muqaddima* o “introducción a la historia” (Biblioteca de la Cultura Andaluza nº 44), Sevilla 1985. Lo mismo que se ha ocupado de los textos acerca de Sevilla y los autores que vivieron en la Alta Edad Media, desde las crónicas, a los poetas que poblaron el siglo XI. No puede negar el magisterio de Soledad Gibert, en la apreciación de la literatura andalusí. A ella ha dedicado incluso una antología de la *Poesía erótica andalusí*, Sevilla 1990, dentro de la colección editada por la Editorial El Carro de la Nieve.

Acabamos de oír su poético discurso sobre el “aire de Sevilla”, y los refranes con que sus gentes, apostillaban una vieja sabiduría popular. Ya hemos oído el protagonismo que Emilio García Gómez, nuestro último “visir poeta”, daba al “aire de Sevilla”, y que fue común a todos los poetas que vivieron Sevilla en su generación, desde Joaquín Romero Murube, pasando por Cernuda y por foráneos como Federico García Lorca. En esto coincidieron todos con la lírica islámica de la Ciudad, en esa sutil complacencia por esa densa humedad atmosférica de nuestra tierra, que sostiene, -núcleos de condensación, dicen los científicos,- los gránulos de polen, trasminando su aroma. En estos días después de tan largo y angustiado invierno los sevillanos nos sumimos en la vivencia profunda del azahar de esos naranjos que los agricultores árabes trajeron de la lejana China. Y en esa honda delectación surge la poesía. A veces también, en la lejanía, en la nostalgia del rocío de Sevilla o de su Aljarafe. Es el llanto

de al-Mutamid desde Agmat, anhelando a la patria perdida, o a los hijos muertos.

“Oh nubes, mis ojos son más grandes que vosotras,
porque lloran la tristeza, vosotras no”.

O evocando aquellos palacios sevillanos con sus *qubbas* y jardines:

“Llora al Mubarak en recuerdo de Ibn Abbad
Llora en recuerdo de sus gacelas y leones
Llora Tarayya-¡que no se oscurezcan tus estrellas!
Con el rocío de la tarde y de la mañana.
Llora al Wahid, llora al Zahí, con su cúpula”.

Respecto a los refranes, los de Ibn Hixam al-Lajmi, el gran recopilador, en su *Libro sobre el habla popular*, nos da cuenta, entre otros, del dolor de la tan habitual traición académica:

“Le enseñé a disparar el arco cada día, y, cuando aprendió, me disparó”.

Rafael Valencia ha sido maestro también en la ciencia, para mí querida, de la toponimia. Siempre me ha gustado recordar en mis clases que el nombre de Sevilla, a pesar de que no conserve ni una sola letra coincidente con su primitivo topónimo prerromano, Hispalis, ha mantenido a lo largo de la historia la voz primitiva, alterada, no por sustitución, sino por pura evolución filológica. Es frecuente leer en las historias de Sevilla que los árabes llamaron a la antigua Hispalis, Yxbilia. Sin embargo el nuevo nombre es una directa derivación del antiguo. Si cambiamos la p, por su labial más próxima del alfabeto islámico, la b, sustituimos la fonética de la a por la i, en virtud de la “imela”, y le añadimos el sufijo femenino “iyya”, la palabra queda mutada en Isbiliyya, y por contracción Yxbilia. Las dos primeras operaciones son cambios fonéticos elementales, pero la adición del sufijo final es un aporte oriental que ha estudiado en profundidad nuestro recipiendario en su artículo “La pervivencia de la

ta marbuta por construcción en *idafa* en la toponimia medieval sevillana de origen árabe “(Philología Hispalenses 1987) y que feminiza el nombre de las ciudades más añoradas e importantes.

¿Cabe mayor poética que la de desear y llamar a la ciudad como a una amante?.

“Sevilla es una desposada, el Aljarafe su corona, su ceñidor río, su novio Ibn Abbad” (al-Mutamid).

El *Ysbiliyya* islámico daría por transposición de sus dos primeras letras el *Sivillia* o Sevilla cristiano tardomedieval, y hasta el “Sevilliya” que decían los flamencos.

Junto a la gran capital andalusí del imperio almohade que fue Sevilla en el siglo XII, surgió una ciudadela, un *hisn*, fuertemente defendido, *Qalat Yabir*. Se preguntaba Don Miguel de Asín en su “*Contribución a la toponimia árabe de España*”, sobre el significado del nombre *Yabir* o *Chabir*. ¿Nombre propio?. Pero en cualquier diccionario podemos leer, sin más, el significado de la palabra, *Yabir*, la harina de la flor del trigo. El pan. El pan candeal de la harina fina. El pan se fabricaba allí en el único punto inmediato a la ciudad situado sobre el curso medio-alto de un río, dotado de energía hidráulica suficiente para mover molinos, batanes y otras industrias básicas como la del papel, y tener agua con presión suficiente para llegar a la capital a través de la reconstrucción almohade del viejo acueducto romano.

Aquella impresionante ciudadela guardaba nada menos que el pan y el agua de Sevilla, y su nombre árabe sigue vivo, el mismo, ahora en pura traducción castellana “Alcalá del Pan Candeal, Alcalá de los Panaderos”.

Señores académicos. Os agradezco personalísimamente que me hayáis honrado al encomendarme contestar el brillante discurso de ingreso del nuevo académico. Creo que en lo que va dicho he manifestado indirectamente que le llamamos para compartir con él, en cordial amistad, el fecundo diálogo que queda aquí insinuado.

Y tu, querido Rafael, sé bienvenido a esta casa que, estoy seguro, se enriquecerá por muchos años con tu presencia, tu amistad y tus nuevas aportaciones al arabismo español.

Muchas gracias.